



El honorable Tarradellas entrega el trofeo a Juan Marsé en presencia del hijo del editor Lara.

Evitar el escándalo bien vale un millón y medio

EL "PLANETA" PARA MARSÉ (y Grosso de satélite)

El jueves, por decir un día, se supo que Juan Marsé, el de "Si te dicen que caí", gana este año el Planeta. El viernes lo entrevistaban como ganador para la edición del lunes de un periódico barcelonés. El sábado se hablaba de que ya tenía los cuatro millones del premio depositados en su cuenta corriente. El domingo se reunía el Jurado y le concedía a Marsé el Planeta por "La muchacha de las bragas doradas". Aún se leían los resultados de las primeras votaciones y se sabía ya que en las imprentas estaban encuadernando a toda máquina cuatrocientos mil ejemplares de la obra de Marsé y por lo menos doscientos mil de "Los invitados"; de Alfonso Grosso, condenado por segunda vez a dar vueltas, como un satélite, alrededor del Planeta.

"Señor Lara: ¿dónde está el escándalo de este año?", se le preguntaba después de fallado el premio el astro solar del imperio editorial. "Mira, chico: si con cuatro millones pasa lo que pasa cada año, lo pongo en ocho como me recomiendan y tengo que formar un Jurado antidisturbios".

Con el fantasma de Manuel Berrios planeando sobre los encoquetados asistentes, con los cuatro millones vendidos de un premio

que empezó con una dotación de cuarenta mil pesetas y que siempre ha sido el más dotado económicamente y con un historial en el que figuran nombres tan poco coincidentes como el de Jorge Semprún y Torcuato Luca de Tena, el escándalo de la XVII edición del Premio Planeta puede consistir tal vez en que no ha habido escándalo.

O sí lo ha habido. Mientras las modelos francesas paseaban por la sala el último grito parisino para la temporada otoño-invierno, Alfonso Grosso, el satélite, presentaba en la antesala, indistintamente dolido, su candidatura al Premio Nobel de Literatura, con abundancia artillera de socarronería, algo de cinismo, tacos a granel y unos cuantos chistes malos: "Lo siento otra vez por el Planeta. ¿Contento yo? Soy un profesional que las encaja todas".

Una lengua viperina apuntaba por detrás con toda injusticia que "ya se sabe que Marsé es empleado de Lara".

Grosso siguió con su actitud supuestamente pasota, y Lara, hijo, al que jamás se le ha oído hablar, se lo llevó después a dar una vuelta por el hotel.

Entre tanto, el secretario del Jurado decía que "atendiendo a la extraordinaria calidad de la novela

MANUEL CAMPO VIDAL

finalista, y sin que sirva de precedente, se le conceden dos millones de pesetas en lugar del medio millón que figuraba en las bases".

La diferencia de un millón y medio en la "bolsa", como dice el inefable Lara en términos boxísticos, pudo servir, según los radares planetarios, para echar espuma abundante sobre el disgusto de Grosso, que quién sabe si no hubiese podido explotar, de lo contrario, en plena recepción, incendiando algunos chaqués y los modelos que Lara trajo de París para divertir a los cenantes.

El espectáculo anual del Planeta, de todos modos, lo garantiza por su cuenta y riesgo el propio editor Lara: "¿Mi secreto? Es fácil: si hago algo y se arma ruido es que voy bien. Cuando hago algo y no se mete follón, me digo: Para, Pepe, que la estás cagando". Sobre este lema empresarial, tan sinceramente expuesto, se asienta un imperio editorial y pronto periodístico, porque esta misma semana, para el terror de la competencia, Lara organiza otra cena de gala con chicas, ahora sin ropa ante el público, para presentar en España el "Playboy" y la nueva época de "Por Favor", ahora sin humor.

El espectacular Lara, en su número más directo al corazón, ad-

virtió después, siempre atropellando en la rueda de prensa de Grosso, que sirvió para esperar la llegada de Marsé, que el Premio Planeta no es un mecenazgo, sino un negocio. El único mecenazgo que Lara acepta está relacionado con la literatura de su Sevilla, donde "no interesa más que el fútbol, los toros y si un retrasado mental abusa de una menor. Ni el presidente ese del Estatuto sabe la gente quién es", siempre en la versión sin revisar del editor. Sevilla tiene un mecenazgo, pues; pero los sevillanos, por lo visto, ni Barrios, ni Grosso, son buenos para el negocio y se quedan para el mecenazgo, o al revés. Según Grosso, su novela se vende tan bien que le han dado el premio a otro para que de ese modo se vendan las dos.

Corría el rumor subiendo entonces en favor de que "En Canarias se ha puesto el sol" podía quedar finalista, pero Lara ya admitió en el cóctel del sábado, que inauguró la semana de festejos editoriales de la casa, que si con Franco se vendía cualquier libro político, aunque fuese de Cristóbal Colón, con Franco murió también la afición por el libro político. Y por ahí se condensaba ya al cuarto lugar a una novela sobre el imaginario Ulster español en 1985, en el que se ve, para delirio de Cubillo, a un potente MPAIAC actuando incluso en plena Barcelona.

Se desconoce todavía si fue gracias a los buenos oficios de Santa Teresita de Jesús, en cuya festividad se falla el Planeta todos los años, pero lo cierto es que ya de madrugada, más de una hora después de fallarse el premio, en la sala se apareció el ganador, Juan Marsé. Enemigo de fotógrafos y periodistas impertinentes, Marsé confesó haber trabajado tres años con "La muchacha de las bragas doradas", una novela de estilo narrativo totalmente distinto a las anteriores y, sobre todo, a "Si te dicen que caí".

Dijo estar trabajando actualmente en una futura novela —siempre en castellano, entre otras cosas, porque le gusta— que tendrá como protagonista a un pistolero anarquista de los años cuarenta, que Marsé tiene ya dibujado con claridad como personaje, pero no sabe todavía qué hacer con él.

Ese pistolero anarquista precisamente parecía Marsé, con su cara triste de los años cuarenta seguramente, cuando se fue a recibir el trofeo Planeta de manos del presidente de la Generalitat, Josep Tarradellas, buen amante de la elegancia y de las corbatas, como se sabe, quien probablemente hubiese preferido encontrarse con un joven de pejarita al cuello y no con un descamisado, poco más o menos, que lucía la misma cazadora de siempre. ■